

SIERVO DE DIOS FÉLICE TANTARDINI (1898-1991)

El hermano Félce Tantardini, siervo de Dios, misionero laico del Pontificio Instituto de Misiones Extranjeras (PIME) en Birmania (Myanmar), nació el 28 de junio de 1898 en Introbio (Lecco); fue el sexto de ocho hijos. Participó en la Primera Guerra Mundial, fue hecho prisionero de los austro-húngaros y se escapó del campo de concentración. Ingresó en el PIME en 1921, y en 1922 se fue a Birmania, donde permaneció hasta su muerte, el 23 de marzo de 1991, regresando tan solo a Italia entre abril de 1956 y enero de 1957. Su historia terrenal no está caracterizada por hechos particularmente clamorosos. Lo que llama y despierta admiración es «lo extraordinario en lo ordinario», en este hombre rico en humanidad, desbordante de fe, que hizo de su vida una donación total de sí mismo al servicio del Evangelio y de los hermanos.

La primera virtud que destaca del cuadro global de su vida es la fe. Los criterios que inspiraron sus palabras, sus escritos, sus acciones, sus relaciones con las personas, procedían no del cálculo ni de la lógica humana, sino del Evangelio. La suya era una mirada de fe. Bien podemos afirmar que él vio y juzgó las cosas, los eventos y las personas con los ojos y el corazón de Jesús, de quien estaba profundamente enamorado. En su camino de fe se dejó moldear dócilmente por una educadora excepcional: su querida Virgen, a quien invocaba con afecto y ternura filial. Una fe, la del hermano Félce, que se nutría constantemente de la Palabra de Dios, mediante la oración y los sacramentos. Aquí él recibió la luz y la fuerza para hacer frente a todo tipo de pruebas y trabajos sin quejarse, con una sonrisa en los labios y la paz en su corazón. En este sentido, recordamos algunos testimonios tomados de las declaraciones procesales:

«Él tenía una fe pura y simple. Dios y la Virgen fueron su todo». «Todas las mañanas hacía al menos una hora de meditación y luego tocaba la campana. Y esto todas las mañanas, sin cansarse nunca... También fue fiel a la adoración eucarística que hacía especialmente por las noches, después del trabajo». «Cuando rezaba realmente estaba recogido... Parecía estar hablando con Dios como si lo viera». «Su devoción a la Virgen era proverbial: siempre tenía cerca el rosario».

Podemos comprender cómo trabajaba y con qué espíritu, gracias a dos testimonios. Una religiosa birmana declara: «Era un hombre lleno de virtudes, totalmente dedicado a su trabajo... Y nunca perdía el tiempo. Era un hombre totalmente de oración y de trabajo, y su trabajo era todo por Dios... Prefería hacer el trabajo en silencio y en secreto... Era una forma de estar recogido y totalmente dedicado a Dios y a su servicio».

Un sacerdote birmano atestigua: «Lo recuerdo como un hombre que trabajaba mucho, que estaba entusiasmado con su trabajo y era capaz de entusiasmar a los que trabajaban con él. Recuerdo que procuraba no exigir un trabajo más difícil o fatigoso de lo que uno podía hacer... Siempre estaba muy sereno y sabía bromear, ayudándonos a todos a estar tranquilos y felices con nuestro trabajo». Resumiendo, podemos decir: al hermano Félice le encantaba trabajar bien, con alegría, por el Señor, y sabía cómo educar a los otros para el trabajo y, por lo tanto, para la vida. Porque no hay una vida digna sin trabajo.

«La fe actúa por el amor», dice san Pablo (Gál 5,6). Del amor al «buen Dios» fluyó el amor del hermano Félice hacia todos, una caridad que se traducía concretamente en el servicio siempre atento que prestaba especialmente a los más necesitados: los leprosos, los discapacitados, los enfermos, sin distinción de religión.

La entrega personal de sí mismo también se expresaba en la obediencia practicada de una manera ejemplar. Iba a todas partes donde lo enviaban tanto el obispo como sus superiores, especialmente cuando se trataba de ayudar a la gente del bosque. Decía que la gente de la ciudad disfrutaba de cierto bienestar y tenía a los trabajadores a su disposición, mientras que los que estaban en el bosque solían estar abandonados y necesitados de todo.

Se despojó de todo en favor de los pobres, naturalmente, sin hacer alarde de ello, conservando para sí solo lo estrictamente necesario. Todos lo apreciaban mucho, pero siempre se mantuvo humilde y tímido. Se puede decir que la humildad formaba parte de su ser.

El espíritu de sacrificio, la capacidad de afrontar con paciencia y coraje las dificultades, las pruebas y las adversidades de la vida, forman parte de la rica herencia humana y cristiana del misionero Tantardini. Sabemos que no tuvo una infancia acomodada en el seno de su familia; después vendrían los difíciles años del servicio militar, del encarcelamiento durante la Gran Guerra, que atemperaron el carácter del joven Félice. Después se consagró a la vida misionera, en una tierra y en una época caracterizada por la miseria, el hambre, los conflictos, la escasez y además azotada, durante la Segunda Guerra Mundial, por los bombardeos y la invasión china y japonesa, con toda su carga de lutos y sufrimientos indescriptibles. También sabemos que arriesgó su vida bajo los bombardeos, en los traslados durante la invasión japonesa, que duró dos años. Pero él siempre logró mantenerse ileso, gracias a que contaba con la protección especial del «buen Dios» y de su «querida Virgen», como solía decir, pero quizás también por su perspicacia.

Pero los años pasan para todos. Los trabajos, los viajes agotadores y algunas intervenciones quirúrgicas con complicaciones postoperatorias, poco a poco fueron minando su cuerpo. Sin embargo, era raro que se quejara, y siempre estaba preocupado de no ser una carga para los demás. En todas sus tribulaciones se mantuvo siempre firme gracias a su fe recia y a su fidelidad a la oración. No habría sido capaz de hacer frente a tantos esfuerzos sin una fuerte motivación interna y sin la ayuda especial del altísimo, al que imploraba asiduamente con humildad y confianza.

Murió en la misión, cuanto estaba a punto de cumplir 93 años, el 23 de marzo de 1991, un sábado, día mariano, como él había deseado. Ciertamente desde el paraíso sigue cumpliendo su promesa de continuar siendo misionero «ya no golpeando el yunque, sino martilleando constantemente el corazón del buen Dios» por la salvación de aquellos pobres y humildes a los que tanto amó.